

José Martí: de Cabo Haitiano a Dos Ríos

César Leante

Exactamente un mes y ocho días atrás habían desembarcado. Sí, porque estaban a 19 de mayo y ellos habían tocado tierra el 11 de abril. En verdad, más que un desembarco había sido un naufragio. Dos horas remando sin cesar para vencer las tres millas de mar revuelto que los separaban de la costa. Sus manos eran sumamente blandas para el remo. No obstante, lo empuñó y golpeó las olas con el mismo empeño que éstas golpean los costados del bote. Marcos y Ángel, que eran más fuertes, remaban también; pero el Viejo había tomado el timón y parado en la popa gobernaba la embarcación. Seco, enérgico, asumió funciones de mando desde que el carguero alemán detuviera máquinas a la vista de las montañas. Con un firme «¡A tierra!» había cortado las vacilaciones del capitán y a partir de entonces era, por ley natural, por esa autoridad que le brotaba de la piel como la perilla blanca del mentón severo, el que ordenaba, el que decidía. Por momentos, alguno de ellos debió pensar que no alcanzarían la playa. Pero la barquichuela encalló en la arena.

El Viejo besó la tierra y Marcos hincó las rodillas imitándolo, al creer que se trataba de un conjuro. Él no, él miró las lomas cuyas faldas en farallón parecían acercarse como pies de gigantes al mar; al hacerlo oteó el cielo de espesas nubes empujadas por el viento que a ratos concedían un atisbo de luna. ¿Cuántos años lejos de este suelo que ahora lo sostenía, de estas arenas en que sus pies se hundían, lavándole el salitre la cicatriz ardiente del grillete, de este mar que era de espuma y cristal en días tranquilos, de este aire que era brisa dulce y cariciosa en el quemante estío, de esos montes que eran verdes y rumorosos a la luz del sol y que él prefería, como templo, a todas las catedrales? Veinticuatro, si se descontaba el parvo retorno cuando le nació el hijo y la fugaz estancia anónima del 77. Más de la mitad de su vida, pues apenas cuatro meses antes había cumplido los 42. Parecía mayor, mucho mayor. Ya desde el presidio, en su adolescencia, aquel anciano se lo había advertido. «Pareces un viejo», le había dicho, y él, sin dolor, se lo transmitió a su madre. También ahora a ella le había confiado sus sentimientos más íntimos, su pena por no haber sido el hijo que ella hubiera querido que fuese. Y en carta a Federico, dominicano como el Viejo y con sus mismos ideales, le hablaba de alzar el mundo, pero también

de morir callado. La guerra que él evocara, por la que había trabajado quizás más que nadie, encendía ya el país. Y él debía asumirla, hacerla suya como un soldado más. Pero a una guerra no se viene a morir. La muerte es el riesgo que se corre, la carta que se juega. Su finalidad para el combatiente, por el contrario, es lo opuesto: matar para vivir. De eso se trataba y él lo sabía; como sabía igualmente que el valor no es un acto animal sino una categoría espiritual. De ahí su seguridad de que en ningún momento le faltaría valor para morir. Pero, ¿para matar también? Tal vez evita pensar en ello, dejando que las cosas se produzcan con la inevitabilidad de una corriente que fluye.

Fue una suerte que lo cargaran tanto cuando emprendieron el ascenso: a la espalda la mochila con dos arrobas, el rifle al hombro, machete y revólver en el cinto. Para un cuerpo endeble como el suyo la prueba midió no sólo su resistencia física sino su capacidad anímica, la entereza de su voluntad. Como fue otra suerte que se vieran obligados a caminar por terrenos difíciles, subiendo al firme, orillando derriscaderos, cruzando ríos con el agua a los muslos, en ocasiones teniendo que desbrozar la maleza a machetazos. Y que las jornadas se extendiesen doce y catorce horas, teniendo que dormir al cielo abierto, bajo las estrellas que a él se le antojaban cariñosas, tanto que cual amantes no le dejan cerrar los ojos. Mejor. Cuanto más arduo el esfuerzo muscular, más se ennoblecía su cuerpo, más se le aceraba el alma. Y, de otra parte, le sacaba del pecho la opresión que se lo tenía como apresado en un puño. La muerte era aún algo distante, inpalpable, que se hacía leyenda en los relatos de la otra guerra, la Grande, que el Viejo contaba como quien refiere simplezas en ratos de descanso, sobre todo de noche, antes de rendirse al sueño. La hazaña bélica borraba el destrozo de la carne, y él, como ningún otro –aún más que quienes la ejecutaron sabiéndole el lado amargo–, había exaltado la proeza. Incluso se negó siempre, con vehemencia, a admitir los sacrificios para señalar la gloria. Asimismo le había menguado la turbia angustia y el oscuro pensamiento que lo llevaron a escribir cartas póstumas que equivalían a testamentos, la observación directa de una naturaleza que su imaginación poética había mutado en símbolos. Las novias que esperaban eran ahora palmas como columnas vegetales en cuyos penachos se desgajaba el viento y los bosques, cerrados montes donde crecían el curujey, la jatía, el grueso júcaro, de apretadas hojas con claros en que lucía el sol y ondeaba de noche la música de los insectos.

Hasta entonces no se había sentido hombre pleno –se confesó– como si la cadena de su patria fuera una vergüenza que arrastraba personalmente. Pero en este momento, andando por estas lomas y maniguas en trajines de

guerra, le vindicaba el espíritu la hombría absoluta. Pudo comprobarlo cuando, perdido el rumbo de Arroyo Hondo, marchando por entre espinosos matorrales que los tajaban y bejucos que los enredaban, oyó el tiroteo que la guerrilla de Ruenes entabló con una patrulla que, sin ellos saberlo, había salido de Guantánamo en su persecución. A él le pareció redondo por lo compacto. «¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!», exclamó el muchacho, casi un niño, que los guiaba. «Más bonito es de cerca», replicó el Viejo, y en los ojos de acero ya le brillaba el ardor de la pelea. Más adelante, en el camino, estaba la mancha de sangre, sangre humana, húmeda todavía. «¿Cómo no me inspiró horror?», se preguntaría después, sorprendido. Tampoco se lo inspiró el cadáver del hombre tendido sobre el polvo, a pesar de que era la primera vez que veía un cuerpo humano yerto a la intemperie. Ni siquiera la cabeza costrosa de sangre a medio secar con la cartera que le puso por almohada uno de los jinetes como un extraño escabel para la muerte.

Le acompañó siempre, fue una constante de su peregrinaje. Unas veces la tuvo a su lado, cuerpo a cuerpo, otras en la forma impersonal de una noticia: la que le dio a conocer Luis, por ejemplo. «¿Será verdad que ha muerto Flor?» Juan, el de las escuadras, se lo confirmó al día siguiente: él vio muerto a Flor, con el labio roto y dos balazos en el pecho. A poco fue Alcil, de origen haitiano, con una puntería tan certera que de cada fogonazo derribaba a un hombre. Le entró la muerte por la frente y junto a él a otro tirador le vaciaron una descarga encima; y otro más cayó cruzando temerario un puente. Al acampar él mismo agrupó a los heridos: yodoformo, algodón fenicado y agua en un cubo turbio para lavar las heridas. También el cariño, que es otro milagro. Su primera jornada de guerra, su bautismo de fuego. Empero todavía era una visión referida del combate, una experiencia indirecta de la batalla. Aún él no había tomado parte en ninguna, no había respirado el ácido olor de la pólvora, no había visto el filo de los machetes sajando la carne, no había atacado a nadie. Aún no había combatido.

Sin embargo, aquí estaba el heroísmo que él había enaltecido. «¡Párese la columna!», mandó el Viejo. Había un herido que se rezagaba y el propio General lo montó a su grupa. Otro se negó a ser auxiliado: «No, amigo, yo no estoy muerto». Lo veía también en los soldados que se sentaban al borde del camino, con sus pies tan cansados, y le sonreían. Sí, aquí se hacía común lo extraordinario, se dijo. A pesar de la sangre, del sufrimiento, del daño hay en una guerra justa un costado sublime. ¡Sí, lo hay, tiene que haberlo!, se gritó casi para sí mismo con los puños cerrados.

Nadie más benévolo que él, no obstante, a la hora de punir. En el juicio a Isidro, Onofre y José, tres bandidos que fingiéndose insurrectos asaltaban

y robaban a los pacíficos, pidió y obtuvo del tribunal perdón para dos de ellos. Para escarmiento —dijo— con la muerte de uno de los tres, el cabecilla, basta. Presenció su fusilamiento. Vio a Isidro gimiente, retorciéndose en la cuerda, negándose a caminar. Lo vio cobarde, arrodillado en la hierba. Y al Viejo, demudado, sacando su pistola y mandando el pelotón. Vio también la ejecución de Masabó, otro bandido que igualmente había robado y violado. Un rostro brutal que negaba sombrío las acusaciones. Su defensor invocó la llegada de ellos, del Viejo y de él, para pedir clemencia. No se la concedieron, y cuando fue leída la sentencia de muerte, el Viejo, arengando a la tropa, dijo del condenado: «No es nuestro compañero, es un vil gusano». Lo aplaudieron y Masabó alzó hacia él unos ojos de odio. Mientras se encaminaban al lugar de la ejecución, le llamó la atención —se diría que casi despertó su admiración— la insolencia con que el reo marchaba a encarar la muerte. No se le caen los ojos, observó, ni en la caja del cuerpo se le ve miedo. «¿Cómo me pongo, Coronel, de frente o de espalda?» «De frente». Sonó la descarga y ensangrentado en el suelo Masabó recibió el tiro de gracia.

Ninguna muerte es buena, tal vez se dijo acongojado, ni aun la que se recibe con hidalguía. Son ellos los hombres valerosos; pero duele verlos caer abatidos, destrozados por el plomo. Inevitablemente el precio que demanda la libertad, se repitió. Le confortaba, en cambio, el cariño que les mostraban. Lo veía en la guajira que con una mano a la cintura y por el aire la otra los invitaba a entrar en su bohío: «Pasen sin pena, aquí no tienen que tener pena»; Luis, el negro Luis, de cuerpo ágil y majestuoso, la familia mambí que salió a saludarlos, muy gozosa de verlos; Artigas, que dejó su casa y sus nueve hijos porque de los diez que tenía al mayor se lo trajo con él a la guerra. De ellos y de decenas de soldados tímidos y valientes que lo escuchaban con mirada por donde se les iba la fascinación, sintió él todo lo noble que podía haber en esa guerra que él había deseado y hecho todo lo posible por desatar.

Presidente le llamaban esos pobres de la tierra con los cuales él quería sencillamente echar su suerte. Aunque el Viejo rechazaba aquel tratamiento. «¡No me le digan presidente!», se encolerizaba. Detrás asomaba el espectro de la otra guerra, la pasada, y él se daba cuenta. La pugna entre lo civil y lo militar había sido una de las causas de su fracaso. De todas maneras, opta por callar, por no defenderse. Luego, como apenado, el Viejo se disculpaba: no quería que le dijeren así, «porque yo no sé qué les pasa a los presidentes que en cuanto llegan se echan a perder».

Después de la Mejorana, sin embargo, el antiguo y amargo presentimiento renació en él, porque volvieron a dolerle las pasiones de los hom-